

*Roberto de las Carreras.*

# La Visión

del

# Arcángel



MONTEVIDEO  
Imp. de Dornaleche y Reyes  
1908

II-3-2

U  
861.3  
C315v

373

Resumen de estudio y de  
magister Daniel Martínez  
y Vigil; por la ingratitud se  
halló reunida con la filosofía.

Se admiraba

El autor

3

*banos, Roberto de las*  
*Roberto de las Carreras.*

# La Visión

del

# Arcángel

53945



MONTEVIDEO  
Imp. de Dornaleche y Reyes  
1908

*V3-2*

*861.3*  
*63150*

## Lord Byron,

A tu cima de estrellas desvanecidas, al Eliseo  
de tu Sombra inefable y magna, al Caudal de tus  
ojos irredentos en que Prometeo se admira, á la san-  
gre de Dyonisos de tu Corazón...

¡El Poeta columbrándote en las olas de tu  
Dolor estruendoso desde el Ala del Arcángel!...



ACILANTE, en los campos de la ébria Razón metafísica,  
en cada espina del Recuerdo, acerbamente el Peregrino  
ensueña el ¡ay! de la huella . . . .

El Arcángel hace temblar, fulminadora, la risa  
augusta de su pensamiento cárdeno en las fraguas hirvientes de las nubes  
de horadadas guedejás, como nidos de víboras de fuego... y, tendiendo su  
inmensidad milenaria sobre el lecho del Mar, esconde un ala en el abismo de la  
Ola... exhala la otra al Cielo... mientras Selene, en devorante fuga, sonám-  
bula... inerte, á modo de una ilusión que acosa el desvarío de las realidades  
de frentes manchadas y protervas, lívidamente amaga en el borde fugitivo,  
convulso, del turbión sin consuelo de la bruma; rememorando, decantado y  
lánguideo Imposible, al Pesaroso inmortal, los acasos de los mundos des-  
terrados en el afán propicio de los duelos... ¡el blanco alaje tibio desflo-  
rando las dos Penas gigantes de sus ojos!

En el fondo del espanto el Peregrino percibe gotéar el Recuerdo  
calcinante... Los Sueños en derredor sollozan: ¡Ella ha hecho traición!...

El Arcángel, la mirada enlutada, de arrodilladas vehemencias, ante el  
visionario de su Pena, como ninguna altiva, fúlgidamente comparece . . . .

Los Sueños sollozan al compás del recuerdo calcinante: ¡La Trágica de tus ansias de ventura, la Trágica de su propio corazón!

Junto al Peregrino está el Arcángel con su blandiente anhelo . . . . ¡El Peregrino aspira de sus ojos, dos abismos furentes, la ráuda, la inmensa confianza de la inmensidad arcana de su Angustia!

El Arcángel, tentando el corazón en tinieblas, lacerado y veloz que como un oído le escucha, con un ardor inefable, con una unción recóndita, con el lujo luctuoso de los ojos exhalado, extraviado hacia las divinidades trémulas del Espacio, ante el Tribunal de los Símbolos, magníficamente: ¡Era necesario que así fuera para la Gloria del Arte!

Las dos alas, tendidas, están fijas como las detonantes puertas de los Cielos . . . . Las alas, en fugacidades incomprendidas de inspiración remota, soberbiamente tiemblan . . . .

Atraviesa pavorosamente al Arcángel el soplo del Enigma . . . . Tiende sus brazos con un amor de vértigo al dolor que le es brindado, vuelco de siglos, desgarradura de mundos infelices en una perdurable agonía del Tiempo: ¡Era necesario que así fuera para la Gloria del Arte!

El Peregrino siente como una posesión arrebatada, fulminadora, de magnéticos lampos . . . . Roza su pensamiento y lúgubrementemente lo conforta la enorme crepitación del Ala . . . . Su corazón, trasmutado, está ligero y á través de los sangrientos olvidos, infinitamente contempla: ¡Arcángel! ¡Ella transcurre bajo tu Signo con una languidez sidérea como arrastrando su alma!..

El Arcángel deslíe, incomparable, en sus labios aciagos, una albura demente . . . . que se acalla en los vértigos tenaces de la Sombra.

Las dos alas pujantes, armoniosas, son las tendidas puertas de los Cielos . . . .

La Albura nuevamente ensueña como el canto del Misterio, la alegría de los Dolores y la razón del Enigma.

Cuanto más intensamente vive el secreto níveo en los perdidos labios que son ambrosía de la Nada, más luctuosos, estrellados y ciegos comparacen los abismos altivos de los ojos, ¡los abismos todavía ahondados y furentes!

El Exilado de los siglos caídos como columnas segadas en el Cementerio de los mármoles, anhela raudamente, en concitación de tormentas parpadeantes: ¡Oh, el canto de la Quimera tráfuga en el esplendor de los tormentos siderales!... ¿Es la albura demente de los labios del Arcángel soñante, la Esperanza refugiada junto al lábaro de los ojos que arremolina el Duelo, junto al eterno dolor de que naciera, como él aleve ella confiada? Esperanza, ¿eres tú, prorrumpe el Corazón á semejanza de las estatuas trucas, tú que la Dicha no conoce y por eso algún momento infeliz; tú, robada fugitivamente, palpitante, por el hosanna de la Pasión á los Cielos; hecha de redenciones y de promesas, prisionera de una red irresistible y tenue; que del Dolor te exhalas, brotando calladamente, como una flor de sepulcros de la Muerte triunfadora ingénuo; Esperanza, ¿eres tú á quien yo adoré irresistiblemente, al nublarse, la demente albura que cobijan los infinitos ojos del Arcángel?

La aurora de los Labios se esconde al Amor del Peregrino á manera de un crepúsculo que enmudece en el entrañable ataúd de la curva caricia del horizonte....

Los ojos del Arcángel desmedidamente lloran la mirada.... Sobre el ejemplo inaudito de las alas tendidas, las estrellas, lívidamente posadas, eximen al Espíritu de sus tenuidades azarasas.... Las alas amparan al Exilado como un cielo cariñoso de su dolor. Junto al Arcángel, astralmente suspenso, hay una orfandad sublime. Su boca se contrae, agónica; insinúa la preclara demencia de la albura....

Es melodiosa la Frente en que pulula la majestad de las sombras....

Se diría que los Ojos y los Cabellos fueron hechos del eclipse mortal del más esquivamente diáfano de los astros, el cual legara á los Labios recónditos de poemas en descanso el adiós que le arrancaran, fortuitos, el Nombre y el Espacio . . . .

Los ojos del Arcángel son á manera de las cimas contempladoras de los estrellados silencios . . . . Los ojos del Arcángel son un vuelco de claridades profusas en una irresistible Noche . . . . Los huella el temblor de las dos irredentas alas . . . . Entre las alas y los ojos hay una comunión inmortal de ensueño . . . .

El Arcángel se parece á un mar sin esperanza que bate una roca lejana . . . . El Arcángel es la tormenta hecha Dios y en calma; es la consagración del Rayo; es del Relámpago la lucidez frenética, la fiesta lívida, la encarnación alevosa y como dormida . . .

Las pupilas del Arcángel son desafiantes y titánicas; se comprende que el adversario augusto de Él es el Rayo y su perseguidor certero el Relámpago, ¡y que el Relámpago y el Rayo han cedido á ser suyos!

Los ojos del Arcángel son la esbeltez de la Luna consolando en una tregua del espasmo de vorágines á través de un desgarrón de la ciénaga nocturna . . . . Los ojos del Arcángel son la Luna en revelación celosa entre los cortinajes de las selvas del Cielo, en la fosca ondulación de una garganta de nubes . . . . Los ojos del Arcángel, como Selene loca, en las álgidas tormentas, parecen rodar, precipitados, sobre quiméricas cumbres . . . . Aparecen estrellados de locuaces devaneos . . . .

El Arcángel es como la tormenta: el Arcángel es el culto siniestro del azul . . . .

Los ojos del Arcángel son la remembranza de una noche que finge los mundos acabados en su regazo inspirador y quedo.

Los ojos del Arcángel son dos besos de la Nada.

¡Su frente, nido de crepúsculos violáceos, es la de un Creador acongojado por la belleza demente de la Obra!

El misterio de la Esperanza de su boca, malograda en los altos silencios, cernida por un dedo invisible de unción y de quimera, se confía al misterio rumoroso de la órbita desolada en que transcurren los ojos....

Sus sienes, arrogantemente enmudecen, ceñidas por un laurel: el Infinito.

Sus oídos, fúnebremente murmurantes, son las huesas de los adioses de los mundos inmensamente quiméricos que anonadan el Nombre y el Espacio....

¡Sus ojos son postrimeros y nacen; sus ojos son la Eternidad y acaban!

Al ondular la hondura de relámpago de su pecho, en el suspiro, se dijera que un astro ignoto deslíe el fantasma imperioso y luciente de la cauda....

De su sonrisa la demente Albura es el desvanecimiento de un crepúsculo en el entrañable ataúd del horizonte. Sus ojos son un mentís soberbio al rosicler arcano.... ¡Sus ojos son la rivalidad estremecedora de la Noche frente al orgullo arrebatador del Día!

El Peregrino escucha sollozar los Sueños: ¡Ella ha hecho traición!...

El Arcángel tiembla de revelaciones inconmensurables como el pedestal de pavor de los estrellados dominios: Peregrino, ¡regocíjate! el Sino que yo velo ha dado el ¡Sí! fulgurador de las relampagueantes caídas inmortales á las potencias sombrías de tu alma. Besa tu sien, colmo de océano, el esplendor de las tinieblas y á tu lado yo estoy inmensamente. ¡Mi corazón es como una montaña que te custodia y cuya cima se refugia en el cielo para esconder su imagen de holocausto á tu mirada mortal!

¡Era necesario que así fuera para la Gloria del Arte! La Belleza se re-

fugia bajo la hondura de mis alas, acústica suprema del Dolor; ellas componen á manera de una arcada de ecos inmensos y melancólicos como recuerdos del Espacio.... La Belleza anida bajo mis alas de resonancias suavemente mezcladas al Tiempo y al Espacio; bajo ellas se siente el Espíritu perder, en una confusión procelosa, en la cabellera de la Noche.... ¡La Belleza anida en la acústica de mis alas, baldón de la Dicha, ominoso radiar de los consuelos!

¡En el Infinito irreal, de inconcebibles márgenes tejidas con mi alma resonante, las estrellas aviven de tu dolor las huérfanas miradas y tu ánsia voltee en una cauda violadora de la Inmensidad, trémula de alucinación y de vértigos rosados!

¡He aquí la conquista de la Noche, he aquí el estrépito del dedo enjuto sobre los labios!

Yo soy la impávida floración virginal del Misterio necesario, yo rizo pérfidamente y oscurezco el piélagos en que voga el ala interna como en el ancho vacío redentor las caudas sigilosas....

¿Ves esa estrella que inciensa con una lucidez infalible, con un insomnio magnético, llamando á sí á todos los querer del negligente Universo? Nació de la lágrima del Estro que nutriera fogosamente en ella la mayor explosión de dicha conocida, que con ella vivió la Esperanza en efusión de siglos.... Como aquel corazón, como aquel estro esa estrella espera suspendida....

¿A qué desmayado fin la Fé, el rudo apoyo vulgar? Mírala: ¡Infinitamente tiembla con el solo sostén mudo del Vértigo y en la Espera inaudita, su clamoroso mensaje suspenso en los labios de su luz, se derrocha como una orquesta de pasión laberíntica, en la profusión de un beso feliz!

Esa estrella va á perderse al corazón porque es lejana.... El corazón mío ha bebido cual su lumbre hecha de su sed en el cáliz burlador del Infinito.... La distancia, ese anhelo perdurable de los orbes, me habita relam-

pagueando. ¡Es la interrogación callada de mis ojos que cruzan en remotas caravanas los mundos adorables como ideas de mis sienes portentosas!

Peregrino: Yo soy la esencia vivificadora y diáfana del Misterio necesario. Si á los ojos las detonantes puertas de los Cielos se rindieran todas, si todas las pupilas mudas que aguardan se encendieran de repentina verdad, si yo estrechara el horizonte en los brazos dejando yo así de ser el Afán, nacería en el Orbe un nuevo deseo, el más infeliz, el más exilado, el que no tendría Imposible, el que no tendría Estrella, el que no tendría Amor!

Peregrino: Amanece para ti gozosamente el secreto de gloria, la ventura de ansiedad de la Estrella: esfumadura, voz, arte del caos, ¡testigo inmemorial de que algo quiso!

... ¡Es la razón de ser de espasmo y de victoria que te fuera confesada cuando en el absurdo admirable de la radiadora congoja, tu alma insurgía.... insurgía.... hasta que en una altura de amor casi olvidada del Nombre y del Espacio, mi ala asombrosa, que de vogar, perdida, estaba azul, fluídamente encontró tu melodía!...

¡Era necesario que así fuera para la gloria del Arte! ¡Para que tu canto en la sorpresa del azul alguna vez cunda y se abisme, estrepitosamente magno, con el apoyo de mi alma!

—Arcángel, ¡ay!

—Peregrino, ¡descolgando la Lira de los Cielos, crispándote como los árboles hirsutos que en el cendal veloz de las tormentas todas sus hojas lloraron, entona bajo el rayo de mi violácea alegría la intrépida queja magnífica!

—Arcángel, ¡siento en lugar del corazón un ascua!

—¿Sufres? sufre más aún; ¡no es altivez sobrada todavía!

—¡Arcángel!...

El Arcángel ciñendo el corazón del Peregrino con un don inmortal:

—No temas... ¡hay algo aún por encima de los astros!

Peregrino: cuando sientas que la profusión del Vértigo no apiada el más lejano querer, cuando estreches en vano la sombra que el corazón rechaza de la que tan cruel ha sido, maravillosamente condenado, sacrílegamente celeste, pérfidamente nostálgico, entona la contemplación de mis ojos, los dos insomnes eternos que no apagó nunca para el reposo un bálsamo, que no morirán nunca y que no enturbió nunca una lágrima.

—¡Arcángel! ¡Las dos alas amando sobre sus sienes que astralmente arremolina y espuma un vértigo desterrado de la Belleza! ¡Arcángel! ¡Su temblador Universo de anhelos, de inconcebibles estrépitos, de instantes que naciendo ya recuerdan en el compás del vacilante seno! ¡Arcángel! ¡Su consagrador desvarío, su palpitación, su Arcada, Ella toda!

—Peregrino, ¡el Deseo nacido en la cuna mecedora de sus sienes perdidas, te arrodeie sin ocaso como á mí la Hondura!

—¡Arcángel! ¡Las impolutas sienes mecedoras, el vaivén de mi alma; los ojos sonámbulos y fijos en las delicias de la Pena ingénita: astralidad protectora, hados de la quietud!... ¡Arcángel! ¡La Curva complacida en ella de andar! ¡Arcángel! ¡La Evocadora á manera de las linfas de los milagros de la Arcada de mirada azul! ¡La razón esplendorosa y callada del inconsolable voto del Númen!... ¡La remota Presencia, el fluído terciopelo, el inconmensurable ¡Sí! de una alegría diáfana de ser á la Potencia revelada! ¡En los cabellos floridos y en los ojos sonámbulos la caricia de una página extraviada al genio de la Vida!... ¡Arcángel! ¡El vacío sin pánico, el arcano amable, la hora sin fuga, el estremecimiento de las cosas diciendo al corazón como á un oído: yo soy el guía eterno de tu alma azul... anhela!... ¡Arcángel! ¡La vida fluída de los brazos; de las manos el alma creada á semejanza del pensamiento oculto de una caricia vibradora y tenue!... ¡Arcángel! ¡El arpa del corazón, la alondra cariñosa prisionera del pecho del que el Ensueño dora los latidos como el himno del propio nom-

bre difuso en las arterias magas!... ¡Las manos arrobadas como silencios de Arcángel, la eufonía lastimera de los párpados, la desangrada unción del voto amante al amparo de las alas perdidas de las sienes!... ¡El estremecimiento de las pupilas vagas que despuntan al Afán, al Recuerdo; la entonación de sus venas trazadas por desgarraduras de cielo. trasfundido en su pálida ambrosía como un reflejo en el través de las aguas!... ¡Arcángel!... ¡Ella toda! ¡La alucinación! ¡Las congojas! ¡El Númen! ¡La irradiación, la fiesta de los ojos y el compás del espíritu!... ¡¡Arcángel!!...

—Peregrino: ¡ama el Deseo nacido del esplendor de sus sienes, del asomo sidéreo de su sonrisa y de sus ojos incrustados en los Paraísos del Arcano, deseo que bien pudiera ser eterno!

—Arcángel, ¡la Vida!...

—Peregrino, ¡he aquí la corona de tinieblas, he aquí la gloria del Dolor; él engrandece el miraje de la Dicha!

—Arcángel, ¡por la onda que ha bordado en vano todo el océano me es negada la imagen de que estaban hechos mis párpados tembladores, sobre las pupilas visionarias, absortas, embriagados, acostándola; y que, mis ojos, al ceder á los llamados blandos de las auroras, bajo los sueltos párpados hallaban; me es negada por el leve afán del aura que, perdida de mis labios con la queja de aquel nombre, no distrae la angustia formidable de mi oído sin rumor; me es negada por la Curva y el Confín en silencio y por la flor implacable que á mi visión maldice!

—Peregrino, ¿á qué interrogar las cosas en su busca? Ella en tu corazón inmortal aspira, reclinada, el perfume insensato y melodioso de una hora feliz que al Tiempo fué arrancada!

—¡Arcángel! ¡Vuelca el tiempo impetuoso como un carro de guerra con una turbulencia de tu alaje veloz! ¡Vuelve atrás con las cóleras arcanas al lacerante planeta! ¡Que yo la descubra, que yo la trueque por el dolor!... ¡Oh tiniebla potente! ¡Oh ala del corazón y estrépito del Númen! ¡Fulgu-

ración de la altura ensimismada sobre la más ingente racha del Vértigo!  
¡Que ante las miradas de las peregrinaciones feéricas del Duelo yo la  
tienda, rauda de poemas, ebriamente disipada en un lloro magnánimo de  
líneas, en la hora perlada de un Jardín impoluto donde la quiero amar!

— Peregrino, ¡he ahí el Jardín de lloros llamadores de la noche des-  
prendidos de ocultas, ingentes pupilas!... ¡Arda tu corazón en la esencia  
delirante que vaga eternamente increada y eternamente creadora, de que es  
Ella un relampagueante ¡sí! dado á la Forma!

— Peregrino, acaso el Infinito no es el Mal... Yo soy el Arcángel y  
tengo una esperanza; bien puedes compartirla tú que eres un hombre...

— Arcángel, ¡disipa mi corazón, informe de malvados silencios, seme-  
jante á una cumbre portentosa embozada por las perfidias del Nubarrón!

— Peregrino, ¡yo hago de armiño tu corazón al marcarlo con un  
nombre de fuego!

— Arcángel, mi corazón, Sinaí de los tormentos, ¡relampaguea de dolor!

— Peregrino, ¡de tu corazón los relámpagos, en el fondo de las incon-  
trastables cimas, hallan á manera de arcada en que alentar los ojos fúlgidos  
de la Verdad desvanecida!

— Arcángel, en los escombros de mi corazón es ella una Aparecida  
plateada... ¡Ella, la voz intangible de mi alma, ella que vive es un fan-  
tasma aleve!

— Peregrino, los escombros de tu corazón son propicios á la clámide  
de Selene en que ama como una presencia recóndita del Cielo y que calla-  
damente se confía á la efusión de las brisas inermes... Peregrino, ¡haz  
el nido de tu alma bajo el ala de cielo de Selene, en los escombros pro-  
picios!

— Arcángel, mi corazón relampaguea y pérfidamente obscurece; Ar-  
cángel, como la tierra las cuencas para tender los ríos imperiosos, ¡una  
mujer querida entre todas las mujeres ha hundido con sus dedos, ávida-

mente mojados en mi sangre, los cauces implorantes de mis ojos para que toda mi Vida corra en ellos en amor de lágrimas!

— Peregrino, en ese Piélagos, infinitamente dormida, se irisará la imagen de los Cielos....

— ¡Arcángel! son tan sólo una mujer los Cielos....

— No, ¡Ella es la Reveladora!

— Arcángel, mi corazón solloza: ¡Ingratitud! ¡Ingratitud! Ante las silentes perdurables, tronchadas en los tálamos, frente á las malditas de los Paraísos cuyo deseo manó sangre, á cuyos labios sacrificadores el gallardo afán negó la Muerte, yo, ¡descolgando la lira de los cielos, entoné la queja magnífica!

El Arcángel:

— Es por eso.

— ¡Arcángel! para que á mi paso la Belleza se incorpore ¡en el raudal de mis lágrimas estoy templando mi espada!

— Es por eso.

— ¡Arcángel! ¡yo me siento Peregrino bajo cielos infelices, soberbios, rivales de los tuyos!

— Es por eso.

— ¡Arcángel! ¡el amor mío es una gloria rauda del Sentimiento!

— Es por eso.

— Arcángel, ¡me la deparó Dionysos, me la arrancó el Dios Blanco!  
¡Su corazón!...

— Es del Dolor, es tuyo.

— Arcángel, ¡de mí se burlan, pérfidos, los Cielos!

— Tú los posees.

— ¡Arcángel! prométeme que luego de la muerte inaudita no dejarás á mi alma peregrina tras el espectro sidéreo de la Añoranza, dime que la

Fuga es un largo mentís dado á la Vida, ¡ dime que al insurgir á los éxtasis astrales habré soñado mi Pena!

— Peregrino, recordar eternamente es inefable: tras de la Pena querida acaso más que la Dicha, ávidamente lucirá tu alma, suspensa de sus ojos sin mirada y de sus labios sin reposo.

¿Sabes quién yo soy, Peregrino? Una pena de amor no conquistada por el Olvido sobre el lecho perplejo de las glorificaciones de los Siglos.... ¡En nombre de la Extensión y del Espacio, de la infinita Forma, en la implacable fe, me hiriera el Númen! Un ala mía se pierde en el abismo de la Ola y se exhala la otra al Cielo; terrenamente ensueño y poseo como un Dios. Para amar era preciso ser hombre; para escalar era preciso sufrir. Amar se busca para lograr los sueños; lograrlos es en cierto modo morir. Yo soy más que el Dolor, Peregrino: ¡Yo soy la Belleza del Dolor!! Yo soy su aspiración inmortal. ¡Mi corazón es la llama de su esencia purificadora de todo lo que no bulle á la luz de la Antorcha: la Belleza de los Siglos!

Cuando el mortal corazón es llamado por la trompeta fulguradora de la Angustia tiembla y se apaga; cuando el corazón del Dios se siente crepitante bajo el hacha ¡desborda en fulminadoras estrellas por la herida celeste! El corazón inmortal es como la gloria tempestuosa de la arcada nocturna que resquebraja el rayo vanamente.... El corazón inmortal es como la mujer sangrienta al dar la vida.... Sangre.... Dolor ... ¡He ahí la unción de la Verdad en los Universos!

Del fondo del Dolor se exhala un perfume sutil á él encadenado.... ¡Es la Belleza! Mis ojos están hechos de la enajenación extática y sombría de ese perfume entrañable, misterioso....

— Arcángel, ¿cuál es tu alegría?

— Yo soy el dueño de la Alegría inmensa.

— ¿Cuál es?

—La Alegría de sufrir, la de aspirar eternamente el perfume entrañable de la Belleza escalando del incensario de mi corazón. ¿No lo sientes volar á tu alma desde el Caos delirante de mis ojos hechos de imponderables, aciagos mecimientos; de magnánimo radiar; de lloros estrellados; de holocaustos acerbos y triunfantes? ¿No ves en mi pupila de contraída queja como el asomo y el asombro de la divinidad terrible que la enluta, de la Belleza? ¡Ella hiende y lacera en el esfuerzo inconmensurable, pavoroso, de arrancar entrañablemente el alma á su nacimiento astral! ¿Sangras desesperadamente? ¡Es que tu alma nació!!

—Arcángel, ¿cuál es el nombre de mi alma ignorada por mí?

—Peregrino, pregúntalo á mis ojos: Ellos son las dos sílabas de un nombre que rasgara en los inabordables alborozos el violín de tu corazón; mis ojos son dos cristales crepitantes en que ese nombre, irisándose, resuena; ese nombre es acordado por mis ojos, reverso ingénito de la Ilusión. ¡Pregunta á mis ojos cuál es el nombre de tu alma! Mis ojos son el fondo sombrío del ataúd de un albedrío de imágenes en derredor de ese nombre flotadoras; mis ojos son la esencia amarga, delirante, de las dos sílabas temblorosas, perlas de Ensueño, en las que enhebraste tu perdido corazón; mis ojos son los dos cálices en que tú apuras el ritmo hecho de dos gotas de rocío, de dos palpitaciones de la Palabra en los labios de la Ventura.... ¡En cada uno de mis ojos sorprende un beso del gesto de la eufonía que es tu preciosa condena! ¡Pregunta á mis ojos cuál es el nombre de tu alma!

—Arcángel.... ¿á mi corazón qué dejas?

—Peregrino, ¡insurge á mi Divinidad, siente como yo lato en las arterias magas anhelando seas como yo el confidente de la esbeltez de la Noche, de la ágil claridad de las Tinieblas! Es en el fondo inaudito de las blasfemias del día donde los astros ríen su juventud celeste. Ellos supremamente anonadan la mirada al precio de la Muerte. ¡Yo nimbo le

nacimiento de su luz predestinada al signo colosal de mi caída! Nacer es aspirar al Universo y los Astros caen como los hombres donde su ideal de conquista. El remolino sideral los arranca y voltea como á frutos del árbol los soplos de la tierra. Yo soy la tristeza impecable que anida cada cosa que nace como el presentimiento de su fatalidad. Yo soy el Ananké de todos los cielos. ¡Las frentes gallardas hasta mí se levantaron en un exceso trágico y esas frentes quedaron incólumes y frías como las de los altos montes insensibles! Peregrino, yo soy el Corazón que posee, atesorando ánfora prodigiosa, el don infinito del Dolor de los infatigables Universos... Yo le alimento, como el Prometeo del Espacio, sin el albor siquiera de una oceánida, sin el lampo de pasión de una estrella, pues ese Dolor sabe que todo debe morir menos él. Yo soy el Corazón que el dolor metafísico que le abarca, el Dolor del Cielo, el Dolor de la Especie, no es capaz de destruir ni de empañar siquiera. Mi corazón está límpido como la estrella inefable del azul amanecido, ella flotante en un albo suspiro de la tierra abriendo sus ojos de rosas y enviando al sol los pensamientos desnudos de las nubes... ¡Mi corazón espeja la Ilusión como esa estrella que, al besar la distancia, por la llama de su Dicha y de su Gloria es devorada!

Peregrino, mi corazón es como los brazos de los cauces del Océano que inconcebiblemente le retienen contra su revolvearse clamoroso en una agonía por momentos nítida, serena... Cuando el Mar blasfema escupe al Cielo; cuando mi corazón blasfema escupe al Dolor.

Yo tengo en mi Corazón prisionera á la Potencia suma del Arcano, al Dolor, padre del Fuego, padre de la Muerte, padre de la Soledad, padre de la Vida. Es por eso que soy el poseedor extático de la Belleza. Sufrir es belleza, belleza es vivir. Yo vivo, yo soy humano; más que los Ángeles efímeros, dichosos, soy querido de los cielos, puesto que no hay una sola ala del Cosmos que á lo largo de las estelas fragorosas al Dolor no escuche ó no sospeche.

Es incoloro y vacío el Espíritu puro; es triste como un fin. ¡Cuán por debajo se tiende su pálida embriaguez de la Epopeya dramática de mi razón de océano! Mis ojos dicen: Yo sufro, mis ojos dicen: Yo bato como un océano las rocas escarpadas, apariciones de la tierra; luego, ¡yo acuso la Vida de los Universos!

Las estrellas, al contemplarme, cierran sus ojos y duermen. Los huracanes, al contemplarme, desfallecen; y cuando mi ala hiende desmedidamente las ágiles sombras, efímeras como la luz, todo se aniquila de rodillas ante el recuerdo de la Inmensidad. En mi Corazón está grabado el nombre de todos los astros que fueron. Mis manos tienen la palpitación de las cosas infinitas que yo ví terminar. Yo soy como la venda del Cosmos para que no halle el sortilegio de su condenación sin tregua; yo soy el consuelo de morir; yo soy el consuelo de que el Universo sea eterno. ¿Piensas lo que sería existir irresistiblemente, no callar jamás los ojos en la Muerte; piensas lo que sería el esfuerzo de todo ese Universo si no pudiera reposar, morir?

Yo soy el bálsamo de los sueños futuros que tendrán los futuros mundos cuando parpadeen como los ojos de rosas de la tierra en la mañana de su magno nacimiento nuevo . . . . Mi ala fúnebre relampaguea como la suprema ilusión de la Muerte, esa que tú adoras cuando en tu corazón se petrifica el sollozo porque hallas la pena tan dura y tan injusta que no puede tu anhelo fecundar los ojos y miras en vano el azul: ni una gota mueve para ti la Piedad.

El débil corazón que la fatiga del pesar arrolla es á manera de una mente que arrebatada un licor audaz, es como la mirada ingénuo que pone en fuga el Vacío. Para escuchar al Dolor en su consagración delirante de belleza, para aspirarlo supremamente como el perfume de las rosas del Cosmos, es preciso ser como yo su soberano, es preciso como á un prisionero sonreírle. A mis pies yo contemplo mi catástrofe, yo cundo en el

remolino de mis ruinas, desgarrando en los ojos munificentes la ilusión de su portento. Peregrino, yo soy el Arcángel. Como yo, atrévete á la creación de la Pena insondable, enrostra con tu potencia revelada la de este Arcano sin par que logra el ansia del Corazón, anudándolo; creadora del Alma; ¡que desencadena los pensamientos en turbión encantado de tormentas donde van todas las hojas de los instantes frondosos; enajena con un desfallecimiento de nostalgias en las que transcurren las distancias estelares; hace de la mirada una prisionera de los ojos y del alma una recóndita locura del Afán!

—Arcángel, ¿á qué fin pudiste ser hombre?

—Exilado, para conquistar, sobrepujándote, la libertad de sufrir; para ser ingentemente la supremacía de tu imagen. Soy tu ejemplo salido de ti mismo; soy tu alma amasada con tu fúnebre ardor secular, con tu deslumbramiento de impotencia erguida. Peregrino, regocíjate: soy la Alegría de las sombras y por tanto la Estrella y por tanto el Dolor.

Peregrino, los cielos de la demencia imborrable de las floraciones oscilantes de los frutos de oro del viejo árbol del Cosmos no disipan más luz que la absorbida por el cáliz profuso de mis ojos. Tras el nubarrón de mi alma toda la luz surge atenta. ¡Con mis alas tendidas inexorablemente como dos alardes de la Fatalidad ciego el Azul!

Peregrino, yo hago la Luz pues yo soy quien la lloro; yo creo el Ideal con el eterno deseo; la Dicha enmudece, enamorada de sí misma; yo la canto como su ausencia, yo la creo como su alma, yo la ensueño como su ansiedad. Peregrino, enorgullécete al contemplar mis ojos: son tus sueños; mis ojos son las dos sílabas del nombre que rasgara en los inabordable alborozos el violín de tu corazón. ¡Oh, qué música, qué secreto, qué impoluto, qué sorprendida razón á los regazos astrales, qué nube, qué hora! ¡Cómo tus arterias laten todavía con el esplendor de las ondas

armoniosas á manera de las cuerdas de tu Arpa, cómo las rosas se derraman todavía en las alfombras de los campos de la Ilusión infinita!

¿Percibes en la levedad interior el astro que transcurre? Era de tu acento... ¡El conjuro de la Dicha que el Dolor aguarda logra la más tendida impiedad de la distancia!... ¿Qué flor no se dobló en tu alma, perfumando; qué visión no anidó en el columpio de tus pupilas en que todas las pompas y todas las promesas eran medidas; qué no fué tuyo en el instante sin par?... ¿La nostalgia?... He ahí el precio magnífico de la Dicha. ¿El consuelo?... He ahí el lloro opulento de los astros, he ahí las violetas húmedas... ¿Ruinas? ¡He ahí Selene que fué como tu corazón también un astro!

Peregrino, mis ojos, en que bulle como un batir de alajes soberanos en derrota, son la expresión misma de la Belleza que no sabe perdonar. Embébetete en los océanos de la sombra que fluidamente eligen, aspira la divinidad enlutada de su Rayo, decórate con la munificencia de su Perfume. Tú que tienes hambre y sed no busques las riberas del infortunio: ellas no aguardan.

Yergue la sien fulminada, soberano de tus Ruinas, en nombre del secreto de la Belleza. Insurge por fin á mi Divinidad. Anuda potentemente el trueno de tu alma bajo el emblema de mi Ceño. Señor de los más altos albedríos, mira como yo al fondo de la sima del Infinito sin comprender su vértigo. Las águilas de mis ojos no tiemblan, henchidas de una gloria siniestra, porque mi corazón encierra el infinito del Dolor y con él desafía al infinito de la Inmensidad.

He ahí un perfume: la negrura de la Noche; he ahí la consagración delirante de la Belleza; ¡aspírala divinamente por las heridas de tu alma, y, entrañable, aleve, feérica, única, glorifique tus ojos y tus sienes!

El secreto de la Belleza es el de la más intensa herida; ¡tú que como ninguno fuiste hallado bajo la clava, hiere como inauditos elegidos con el pensamiento agudo forjado cual el temple de tu pena!

Cuando el pensamiento es devorado algo se presiente; se sufre irresistiblemente más, algo se adora; se sufre más aún, ningún obstáculo á la facilidad del ala... La tierra está lejana en las ondas inmensas del desvarío como el nido inconfesado que ha dejado el ave. ¿Sabes qué cosa es la alegría sideral que un momento te desvanece, te azula, te yergue incomprendiblemente, imperiosamente, en el bálsamo del Éter? Es que en un lampo, arrebatado tráfuga, te ha poseído la Belleza nacida de tu dolor, sin disiparlo, ¡regocíjate! pues si así no fuera nadarías en la tierra vulgar y los mundos pesarían sobre la pobreza de tu espíritu.

—Arcángel, ¿á qué fin pudiste ser hombre?

—Para vivir indefinidamente un instante inmóvil como una cumbre eterna ese bálsamo tuyo del triunfo de la Belleza sobre el arcano poder de la Destrucción ... Yo soy la Belleza que ha surgido del Caos ensismada frente á él, en él contemplándose como en su burlado origen...

—Yo he vencido al Dolor como su esencia, en fuerza misma de dolor. Yo lo he vencido arrancándole su alma que he guardado en mi pecho.

—Arcángel, ¿á qué fin pudiste ser hombre?

—Para tentar la lucha con el Imposible, con el Hércules del Vacío, he podido ser hombre.

—Arcángel, ¿al Imposible por algún otro nombre acoges?

—¡Por la Idealidad de que soy el menos sobrepujado vencido, hostigando todas las impolutas distancias que el Espíritu no consigue abrumar, cabalgando en el huracán de sombras el Corcel de los espacios!

—Arcángel, ¿no es alcanzada por el Dolor la Idealidad?

—Nada puede ser completamente obtenido puesto que el Universo que incesantemente corre en pos de sí mismo renovando su fúlgido beso de luz para mi contemplación tiene por nombre: el Deseo.

—Arcángel, ¡piedad!

—De mí yo no la tengo.

— ¡Arcángel! ¡Arcángel! enciende para tu inefable palpitar sombrío la reverberación de penas de los mundos, la alfombra de rosas de luz holladas por el pérfido Ananké, esconde para ti las coronas de mundos fenecidos en el ráudo anhelar inmenso y vano, ¡entrégame el corazón de una mujer que se confesara mío!

— ¿A mí me lo pides? Peregrino, yo soy la Orfandad sublime. Por amar inmensamente, inmensamente he caído.

— Arcángel, ¡yo cruzaré los páramos despiadados y trémulos del Cielo donde se arrodillan á la Inmensidad, á compás, las luces redentoras; yo clamaré por Ella á las puertas de todos los Paraísos tráfugas, de todos los inexorables horizontes; yo la invocaré ante todas las sonrisas y ante todos los secretos enlutados que tu mirada inspira! ¡Arcángel! con el ás-cua clamante de mi anhelo yo trazaré férvidos surcos siderales; yo inflamaré las sombras en torno con mi Pena; ¡yo la pediré al Universo!

— Peregrino, tu pecho de relampagueante hondura no puede con todo del pesar inaudito que remueve contener al Universo en un suspiro....

— Arcángel, ¡me la deparó Dionysos, me la arrancó el Dios Blanco!

— ¡Era necesario que así fuera para la gloria del Arte!

— Arcángel, ¡que el rayo magnánimo de tus ojos azule la Esperanza de tu demente albura, aparta del corazón de la Sirena á los Vampiros de la Cruz!

— Peregrino, he caído en su corazón como en el tuyo....

— ¡Arcángel! ¡Arcángel! estoy á las puertas de la Gloria que á los espacios enajena, que los espacios crea... ¡Arcángel, ábreme! ¡Luzca tu Espada como mi claridad!

— Sólo Dios abre.

— Arcángel, ¿cuál es, para ti, su nombre?

— El Ideal.

— ¡Arcángel! ¡mi Noche empuña tu Espada!

- ¡Era necesario que así fuera para la gloria del Arte!
- Arcángel, veo los mundos pavorosamente en fuga; Arcángel, ¡las luces negras de sus ojos, la razón divina, la Belleza inmortal!
- Es tuya en los espacios, en la noche, en el día, en el afán....
- Arcángel, ¡la Belleza al huir deja el Universo á solas! Arcángel, ¡la vida fluída de sus brazos!...
- Peregrino, ¡he aquí la corona de tinieblas!
- Arcángel, ¡la Belleza! ¡la Aurora del Númen!
- Peregrino, la Muerte la deshoja levemente....
- Arcángel, quiero sentir en mi corazón derramándose el fulgor desmayado de los labios nítidos, balanceando el espíritu, reteniendo los hilos de las horas... quiero sentir á mi corazón postrando el atardecer silente de los ojos. . .
- Peregrino, yo tenderé delante de tus ojos mis dos alas imponderablemente balsámicas. ¡Yo te cegaré con mis alas para que el Azul no contemples!
- ¡Arcángel! ¡Arcángel! ¡He aquí todas las lágrimas que el hombre en el páramo de los siglos rodó por el Edén!
- No pueden ser recogidas.
- ¡Arcángel! ¡Todavía y siempre la Belleza! ¡Arcángel! para siempre ¡ay!
- Peregrino, la Belleza late y recuerda apénas en los desvanecidos labios mortales . .
- Arcángel, ¿no amas entonces la Belleza?
- Sí, pero la eterna y por eso la aciaga; todo lo eterno es triste.
- ¡Arcángel! ¡Arcángel! siento devorar mi pecho al ascua del Anheló; guíame con tu antorcha de tinieblas en la Tragedia de los desvaríos; ¡que la gélida espada de tu resignación secular y granítica decapite en la cumbre de mis vértigos la sien tembladora y portentosa de mis últimas desoladas rebeldías de amar y de vivir!... ¡Acalla para siempre la ráfaga con la lá-



53945

pida Augusta de la profecía irredenta con que la lividez de tu alma fué construída! ¡Arcángel! ¡Arcángel! guíame dormidamente bajo tus alas....

—Peregrino, yo no puedo estar á tu lado; yo no estaré siempre á tu lado sino sólo como tú y más que tú; yo te contemplo, exilado de los Paraísos de la tierra, con mis ojos evocadores de todos los destierros conocidos á lo largo del recuerdo de estrellas de la Inmensidad.

—¡Arcángel! ¡Sus ojos de ternuras inauditas, sus ojos desconocidos, son la única mentira del Creador!

—No, sus ojos desde la Eternidad te columbraron y surgió por eso de ellos, efusivos caos de luz velados, el ascua del Anheló.

—¡Arcángel! ¡Arcángel! ¡mi corazón se siente el estuche de un puñal!

--Atrévete á morir. ¡Ay de los cantos!

—¡Arcángel! ¡Arcángel! mi corazón relampaguea, ¡Sináí deslumbrador de los tormentos!

—¡Es para crear que eso sucede!

—¡Arcángel! yo te creí Dyonisos; ¡placer de mis ojos, me engañó tu férvida belleza!

—Peregrino, soy Dyonisos desposeído del radiar del Tirso. Peregrino, hay para ti bajo mis alas un suspiro: ¡es el que Ella dijo cuando en su corazón horrorosamente yo caí!... Acógelo. Peregrino, soy Dyonisos que vió vagar las rosas de los jardines de sus sienes convertidas en mundos balbucientes absorbidos por el Caos sereno...

—Arcángel que eres el Alma puesto que eres el Dolor, ¿nada puede entonces el Alma?

—En el Universo impávido no hay almas.

—Arcángel, ¿quién eres tú?

—Yo soy la sombra de una lágrima del Eterno apiadado ante su obra de mal.

—Arcángel, ¿por qué dejaste asesinar su alma; por qué no fué de ti

Ella amparada; por qué no la encubriste redimiéndola con tu corona de tinieblas?

—En el instante de cieno, Peregrino, era yo del Dios Blanco.

—Arcángel, ¡tú!

—Peregrino, yo soy el Afán.

—Arcángel, si con tus ojos esplendorosos y fúnebres, incensarios de melodías siderales en que las noches embeben las clámides augustas, alumbra y serenas la infamia, Arcángel, ¿dónde el Ideal ensueña?

—Peregrino... ¡¡en la caída!!

—Arcángel, ¿el cieno del fondo del océano que tiene el Ala que á la tierra es dada, luego, al remontarse el Ala, no le inflinje peso?

—¡Era necesario que así fuera para la gloria del Arte! Peregrino, ¿has olvidado el inflamado, repentino voto de tu alma cuando, llorosa, en el anhelo furente de mis ojos, mártir soberanamente se dijera á cambio de un fúlgido beso del Arte y palpité tu sien convertida á mi única claridad? Peregrino, las Potencias escucharon el voto temerario; Peregrino, las magnánimas Sombras acogieron el voto temerario; Peregrino, ¡ante Ella misma arrojaste el voto temerario!...

—Arcángel, ¡reniego! toma la Lira, ¡pronto! ¡dame el corazón!

—Es tarde.

—Arcángel, ¡en mis labios su nombre se retuerce con un ansia de siglos amontonadores de un deseo!

—Es el Arte.

—¡Arcángel! ¡Arcángel! ¡toma por lo menos mi razón!

—Tú te hallas más allá de la Razón...

—Arcángel que has creado mi alma, yo no quiero mi alma.

—Peregrino, ¡sobre tus sienes magnifico la Corona de tinieblas!

—¡Arcángel que has dado muerte á Dionysos, al dios de mi Recuerdo, al que inspiró el lampo que de los ojos feéricos me fuera deparado!...

—Peregrino, el estuche de tu corazón que anhela el puñal como una boca un beso prometido fué lánguidamente forjado por Dionysos; mucho amaste, ¡regocíjate!

—Arcángel, me anonada y fascina tu alaje desgarrado en las cumbres perversas y despiadadas del Ideal...

—Peregrino, yo sufro más que tú, yo, que no soy un hombre.

—Arcángel, tu Ala, ensoñación de las distancias, alma del Cosmos, es inconcebiblemente por el fango amortajada y sobre ella se animan y enloquecen de quiméricas ansias las alimañas de la tierra buscando tu corazón para hacer nido. No eres, no, el tormento del Cosmos, el estrellado Deseo infatigable, alucinado de perseguirse á sí mismo, de huir tras de su sombra magnética en la infinita sed del Cosmos; ¡el ala sumergida en el abismo de la Ola, el ala del afán terreno hecha del alma sideral ascendente de tu ala exhalada, es mordedura de monstruos!...

—¡Era necesario que así fuera para la gloria del Arte! Si no hubiera reído, confundida por ti la ráuda estrella con su miraje, en la charca de tus pasos, inclinándote tú para acogerla; si ella te hubiera amado bien, no habrías caído, yo no estaría inmensamente á tu lado, yo que todo lo soy....

—Arcángel, ¿por qué manchar el lienzo de la armonía de los Sueños? ¡Yo de tu espada febril forjaba noble herida!

—Peregrino, ¿recuerdas cuando en fuga de un aletazo incomprendido del mismo Arcano silente, en una cima de estrellas ofuscada, á la Eternidad la pediste.... ¡ah! para que fuera petrificado en el absoluto de un beso el raudal gigantesco y atónito de las olas magníficas del Tiempo? Ese fué de tus gritos el primero que escuchara mi Ala estupefacta. Fué digno. ¡El más orgulloso que yo nunca supe del Sentimiento en un alma! Desde ese instante mi Ala implacablemente te amparó.... ¡Oh tú, en quien reconocí la divinidad de un deseo capaz de la Caída, capaz del Báratro, capaz del reverso de semejante tenuidad de Azul!

— Peregrino, anheló tu alma más allá de lo humano: he ahí tu alma más allá del Dolor...

Ella quiso arrebatarse, en holocausto á la gran caída de la tierra, no sólo á tu corazón, sino á tu ensueño; ella quiso borrar su huella de astros en la Poesía; ella quiso borrar el Cielo y mis ojos estupefactos como ante tu Ala en la cima ofuscada de estrellas, la adularon.... Ella en la abyección es inmensa como tú en amarla fuiste inmenso. Ella, de una blasfemia imposible, quiso admirar tu sangre y la de las criaturas peregrinas que, para asistir su sien, con dulzuras de arcadas y éxtasis de pétalos, tú evocaste en la llama lejana de los milagros de la tierra.... ¡en la que se incendió tu alma, humeante oriflama de preclaros inciensos!

¡Peregrino, que tu ensueño la desafie! Arrodiálate, acorde, en las flores antiguas para que la Imagen venga á reposar como en la Esperanza en la Tortura, como en el Devaneo en el Adiós.... ¡Verás, entonces, tan sólo flotar mi ala exhalada!

—Arcángel, veo el fulgor de las Hogueras apagando el fulgor de los Lienzos; yo creí ver el fulgor de los Lienzos apagar el fulgor de las Hogueras....

—Peregrino, la Belleza estuvo siempre á punto de nacer y nacer....

—Arcángel, me abisman con una súplica titánica las estatuas de mutilados brazos... ¡Son la Belleza que no puede conducir el amante al calor del corazón!.... ¿Quién á las estatuas en los brazos maldijo? ¿Quién á la Belleza dejó viviente sin amor?

—Arcángel.... todos los exilios pesan sobre mi pensamiento; mi corazón naufraga en un desencanto secular; mi corazón zarpean todos los perjurios de la tierra.... Arcángel, ¡ay de mi corazón! ¡ay de mis ojos desposeídos!

— ¡Era necesario que así fuera para la gloria del Arte, para la excelsitud

llorosa de la Quimera, para el radiar aciago de los universos, para el inacabable ¡Sí! del Dolor!

Peregrino, á la más profunda Ruina el más inefable Deseo es concedido; nada hay comparable á mi Eternidad de ensueño y de dolor y de suspiro junto á la Diosa ciega de mutilados brazos....

— Arcángel, de las dos Penas gigantes de tus ojos llora una lágrima para mí.

— Peregrino, mis ojos están crispados con una Pena que ilumina en vez de nublar. No lloro.

— Arcángel, ¡una lágrima!

— ¡Jamás!

— ¡Arcángel! todavía una razón, todavía un crepúsculo; lo que resta de mi corazón te escucha...

El Arcángel exhalándose, naufragando, en una confesión tonante de sus ojos á la ceguera de la Noche, al turbión sin consuelo de la Bruma, al Cendal atormentado de las imposibles Estrellas:

— ¡¡Era necesario que así fuera para la gloria del Arte!!



